

Agustín Cueva: un itinerario crítico

Raquel Sosa Elízaga*

Reconstruir el recorrido académico y político de una vida como la de Agustín Cueva es, ante todo, un ejercicio de memoria de la experiencia vivida durante casi veinte años en el hogar común del Centro de Estudios Latinoamericanos. Y es que para él, como para todos nosotros, este preciso lugar de trabajo ha sido fuente y espacio de los más intensos intercambios profesionales. Intentamos ya algunos de nosotros, con Agustín, iniciar la revisión de esa historia en "El tiempo recobrado, memoria de treinta años del CELA", en 1990.¹ Ahora lo hago en la soledad acompañada por el recuerdo de su presencia querida.

Cuando en 1972 Agustín Cueva se trasladó a México por invitación de Pablo González Casanova, los territorios que pisaba eran, por decir lo menos, pantanosos. La Universidad de Concepción, Chile, donde era maestro de sociología y crítica literaria, atravesaba uno de sus periodos más enriquecedores: el de la construcción, en condiciones difíciles, de una experiencia alternativa que señaló las rutas de nuestras mejores esperanzas de los años setenta. Después de la revolución cubana, no había habido en la región motivo de reflexión y creatividad intelectual tan intenso como aquél. Y, sin embargo, por razones que siempre se me escaparon, Agustín presintió que su espacio profesional tendría mayores horizontes en la Universidad Nacional Autónoma de México. No sé si se adelantó en el corazón o en la lúcida mente al que sería trágico destino de esa experiencia. Estoy cierta de que vivió con intensidad dos años de crecimiento profundo de intelectuales, políticos y pueblo chileno. Tal vez su modestia ecuatoriana lo colocó en

un sitio en que no había sino el partidismo decidido, pero no le dio acceso a los centros de mayor influencia ideológica e irradiación continental que él, a esas alturas, requería.

México tenía, en cambio, el atractivo estable de una Universidad de profunda raíz latinoamericana y, en el área de las ciencias sociales, de la búsqueda y aceptación de los más plurales pensamientos. Recordaba Agustín el inmenso estímulo que representó para un hombre como él participar de los cursos estacionales que se dictaban en la Facultad de Ciencias Políticas con la presencia lo mismo de un Herbert Marcuse, que de un Daniel Ellsberg, Octavio Ianni o el propio González Casanova. Y, sin embargo, la Universidad nuestra no era ajena a una profunda crisis. El rectorado de su anfitrión fue empañado por la confrontación con el sindicato de trabajadores administrativos, que resultó en una prolongada huelga. A ella se agregó la ocupación provocadora de agentes de oscuros grupos autodenominados —como solía ocurrir en esos tiempos— más de izquierda que nadie, y como triste conclusión, la renuncia de un rector que no llegó a desplegar la visión democrática y humanista que tanto necesitaba nuestra casa de estudios. No habíamos asimilado el '68, y menos aún la masacre con que concluyó el breve renacimiento del movimiento estudiantil en 1971.

Eran, pues, tiempos aciagos desde el punto de vista del movimiento democrático pero, como ha ocurrido en otras épocas, en los que el ejercicio de la crítica no se detuvo, prácticamente, en las aulas o en las salas de conferencias. Y una de las zonas que aquí más creció entonces fue, sin duda, la del estudio de América Latina, que de todas las novedades teóricas que circulaban por los medios aca-



* Investigadora del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.

¹Cf. *Estudios Latinoamericanos*, núm. 9, julio-diciembre de 1990.

démicos en aquel entonces, era la que más legítimamente podía enorgullecernos.

Creación y recreación del marxismo latinoamericano

Para un hombre formado en París, bajo la influencia del intelectual y político comunista Louis Althusser, y en polémica con el inteligentísimo conservador Raymond Aron, resultó, indudablemente, de gran impacto, el intercambio de altura que ocurrió en nuestra Universidad entre académicos de diversos orígenes y tendencias, empeñados casi todos en revisar, replantear, reinventar la crítica al capitalismo industrial y su versión mestiza, el subdesarrollo.

El marxismo era en ese entonces la materia prima desde la cual se discutían las reelaboraciones posibles de lo que parecía —y después fue positivamente analizado como— un camino sin salida: al capitalismo latinoamericano, y eso lo afirmó Agustín hasta el último de sus días, le han faltado casi todos los atributos que caracterizaron al desarrollo de las sociedades europeas. Y de ellos, la estabilidad de un reconocimiento mínimo de los requerimientos democráticos de pueblos en movimiento, era el más dramático.

Agustín emprendió entonces dos rutas básicas de trabajo intelectual: el estudio del desarrollo capitalista en América Latina, y la reconstrucción de las categorías de análisis marxista que podrían tener vigencia para la comprensión de esas realidades. A diferencia de sus contemporáneos autodenominados althusserianos, él no se dedicó a alimentar una lectura bíblica de *El Capital*. Y no hizo tampoco de los entonces llamados “clásicos” una discusión profunda y exhaustiva. Se separó, entonces, de la esterilidad de los estructuralistas, pero también de la densidad de búsquedas como las que emprendieron entonces René Zavaleta y Ruy Mauro Marini, con quienes compartió, sin embargo, la pasión creativa de un pensamiento marxista latinoamericano.

La de Agustín fue en esos años, si queremos, más una búsqueda filosófica o, diría, existencial. No es casual, por ello, que se inclinara más por los problemas contenidos, primero, en los *Manuscritos económico-filosóficos* escritos por Marx en 1844, y luego, por las enseñanzas que para el análisis político contiene el *Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. Antes que ningún otro, el problema del hombre, de su ser-en-sociedad, constituyó su preocupación permanente.² Y a los que comenzaban a

ser, por moda o por oportunismo, marxistas “dogmáticos”, siempre enfrentó su propia asimilación de las experiencias de Sartre, Lukács, Marcuse y, aunque por caminos distintos, del propio Althusser. Era, por eso, un intelectual comunista, pero, a diferencia de sus colegas, no un militante. Y eso, en aquel entonces, tal vez sólo en México era realmente posible sin que diera lugar al ostracismo.

Por lo demás, y una vez resuelto a sangre y fuego el destino de la Unidad Popular, le acompañaron en sus tareas los destacados profesores que integraron el Centro de Estudios Latinoamericanos durante los años que siguieron al de 1973. Con ellos emprendió, sin la menor duda, otra ruta de trabajo, que fue la denuncia implacable del que acordaron llamar “fascismo” latinoamericano. Muchos trabajos escribió sobre los dramas chileno y argentino, aunque —a diferencia otra vez de la mayor parte de sus colegas— no permitió que se olvidaran los igualmente dolorosos fracasos del capitalismo y la democracia en los países norandinos, sobre los que nos entregó algunas de sus más brillantes páginas.³

Encuentros y desencuentros: la teoría de la dependencia y el estudio del capitalismo latinoamericano

La polémica más rica y fructífera de esos años —y de los que vendrían después— la desarrolló Agustín con su querido amigo Ruy Mauro Marini. Para un lector superficial, dos marxistas que se enfrentaban en torno a las categorías de análisis crítico más discutidas de los años setenta, las de la dependencia latinoamericana, no podían hacerlo sin menoscabo de su identidad básica. Ellos demostraron que sus pensamientos o, sobre todo, su orientación, debían enriquecerse continuamente en la crítica, y produjeron algunas de las argumentaciones más encendidas y políticamente más consistentes que sobre el capitalismo latinoamericano se han escrito desde entonces.

En lo esencial, y hasta donde puedo recordarlo, la discusión enfrentó, en primer lugar, a un intérprete de *El Capital* con un lector de los análisis políticos y de coyuntura de Marx y Lenin. A la demanda de Marini de reconocer como rasgos estructurales del trabajo la sobreexplotación y la dependencia, que determinan una condición peculiar en la formación capitalista de nuestra región, Agustín respondió con el convencimiento de que no existía aquí sino la aplicación de las leyes generales

² El lo reconoce así en el prólogo que escribió en 1987 a la reedición de *Entre la ira y la esperanza*. Quito, Planeta, 1987, ensayo de crítica cultural y literatura ecuatoriana. La reconstrucción de esa etapa de su pensamiento pudiera iniciarse, sin embargo con la lectura de “La concepción marxista de las clases sociales” y “Sobre el concepto de enajenación”, que fueron publicados muchos años después bajo el título *La teoría marxista*, Quito, Planeta, 1987.

³ Ver, por ejemplo, su contribución al texto editado por Pablo González Casonova, *América Latina, Historia de Medio Siglo*, en la que se escribió la parte correspondiente al Ecuador. México, Siglo XXI, 1978. Desde luego, partimos del antecedente de un ensayo tal vez no superado hasta ahora, *El proceso de dominación política en el Ecuador*, que escribió en 1972. Quito, Ed. Voluntad, 1973.

del capitalismo y exigió, en cambio, un estudio del lugar de las luchas políticas, de las consecuencias precisas de los agrupamientos nacionales y, antes que nada, de la identidad derivada de la historia de cada una de nuestras sociedades latinoamericanas. Si el capitalismo latinoamericano comparte, indudablemente, con el de otras regiones, tendencias y determinaciones propias de ese modo de producción, no puede dejar de reconocerse que existe una gran distancia entre la *experiencia histórica* de Perú, Argentina o Brasil, respecto a Francia o Suiza, y que esa misma distancia se presenta cuando estudiamos, en particular, alguna de las formaciones económico sociales de nuestro subcontinente. Por estas razones, nuestros países requieren de una cirugía analítica reconstructiva mucho más densa que la de la mera ubicación de su identidad económica como "países dependientes".

¿Qué explica, si no, la continuidad política de tantos años en México, frente a la inestabilidad argentina? ¿Qué distingue las desventuras de los revolucionarios bolivianos o guatemaltecos de la experiencia victoriosa cubana? ¿Qué dio a las dictaduras haitiana, nicaragüense o paraguaya una vida más prolongada que ninguna de las que sufrieran Argentina, Perú, o la propia Guatemala? Agustín señalaría que la respuesta no puede encontrarse únicamente en el conocimiento de una relación estructural compartida o, siquiera, en el proceso común de conformación de una burguesía muy poco burguesa en el sentido moderno, sino en la peculiar articulación de luchas políticas y sociales de largo alcance, que han seguido direcciones determinadas por la voluntad de pueblos en conflicto con la estrechez y avaricia de sus clases dominantes, pero en las que cada crisis temporalmente resuelta da lugar a la construcción y reconstrucción de sujetos sociopolíticos característicos de una formación histórico social determinada.⁴

La diferencia más importante con los dependistas, creo, podía encontrarse en la apreciación que Agustín tenía del capitalismo latinoamericano. Para él, lo que ocurre en nuestros países son "modalidades históricas", aplicaciones "específicas" de las leyes que rigen al capitalismo, de las que sus oponentes —al señalar una originalidad económica en las formas de explotación del trabajo— no daban sino cuenta parcial. Porque el hecho de que América Latina se encontrase, decía Agustín, en condición de "eslabón débil" de la cadena imperialista, no quería decir que la separaran de los eslabones

"fuertes" elementos no identificables en la necesaria relación particular entre una estructura y una superestructura. No cesaba Agustín de recordar, con el prólogo a la *Contribución a la Crítica de la Economía Política de Marx*, que a cada formación económica corresponden expresiones ideológicas y políticas a través de las cuales los hombres reconocen y pueden tratar de cambiar sus condiciones materiales de vida. Por ello, si los marxistas latinoamericanos querían efectivamente contribuir al estudio de su realidad, debían entonces empeñarse en conocer las características de las luchas sociales y políticas de la región, así como identificar a través suyo las formas contradictorias en que históricamente se habían articulado diversos modos de producción.

Negarse a seguir este trayecto equivalía, para Agustín, a confundirse con una de dos perspectivas equivocadas y políticamente riesgosas: la de quienes suponían que sin la interferencia de las grandes potencias América Latina podría alcanzar grados de desarrollo equivalentes a los países centrales, y quienes asumían que la sola ruptura con el imperialismo daría lugar al establecimiento del socialismo, obviando una evolución capitalista que de todas maneras había probado ser inviable en la región.

Para esta polémica, Agustín se valió de la que Lenin había tenido con los populistas, y derivó de *El desarrollo del capitalismo en Rusia* las que serían tesis centrales de su propia versión de *El desarrollo del capitalismo en América Latina*⁵. En particular, la de que nuestros países han seguido una *vía reaccionaria* —o, de acuerdo con la terminología leninista, *junker*— de desarrollo capitalista. La particularidad de esta *vía* estriba en la combinación, económicamente rentable, aunque políticamente explosiva, de diversas formas de explotación del trabajo para favorecer a una acumulación capitalista asociada a los monopolios industriales, comerciales y financieros internacionales. La precariedad de las relaciones sociales en formaciones como éstas obliga al Estado a asumir un papel central en la conducción de la economía, así como en la contención de los conflictos políticos. Por su parte, la vinculación entre las oligarquías nacionales y las grandes empresas y gobiernos de los países capitalistas centrales tiende a reproducir el desequilibrio de las relaciones internas y a generar contradicciones específicas entre unas y otros. Ninguno de estos niveles de conflicto puede ser, en estricto sentido, subsumido en otro, y si, por ejemplo, la explosión de una lucha social puede dar lugar a la superación de determinadas relaciones oprobiosas, no puede pensarse que con ella desaparecerán las contradic-

⁴ Véase, al respecto, "Problemas y perspectivas de la teoría de la dependencia", publicado en *Teoría social y procesos políticos en América Latina*, México, Edicol, 1979. En la introducción a este mismo texto, Agustín presentó doce tesis acerca del desarrollo capitalista latinoamericano que sirvieron de base a la polémica con Marini y Theotônio Dos Santos.

⁵ México, Siglo XXI, 1979. El texto mereció el premio Ensayo que otorga anualmente la editorial que lo publicó.

ciones que el sistema capitalista internacional ha establecido entre formaciones sociales cuyo desarrollo es esencialmente desigual.

En un recorrido problematizado de la historia independiente de los países de América Latina, Agustín evidenció que, si la subordinación a la división internacional del trabajo determina en nuestra región la ausencia de un desarrollo homogéneo y continuo de relaciones sociales capitalistas, no impide que la explotación del trabajo se oriente hacia la realización nacional e internacional de ganancias capitalistas. Este hecho ubica definitivamente a nuestra región como escenario de contradicciones propias de ese modo de producción. Lo peculiar del subcontinente, la articulación desigual y combinada de formas precapitalistas y capitalistas de relación social, puede ser comprendido si se analizan los mecanismos de extracción del excedente económico en la dimensión histórica propuesta por Marx: *plusvalía absoluta*, de manera dominante en algunos periodos y zonas; *plusvalía relativa* en otros. En ningún caso ha escapado nuestra América a las leyes de la violencia propias de la acumulación de capital que Marx identificó en la Europa de los siglos XVIII y XIX.

Por lo demás, no puede negarse que aquí se ha producido un desarrollo económico relativo, del que han sido muestra procesos tempranos -aunque precarios- de industrialización y urbanización. En lo fundamental, la existencia de un asalariado sometido a explotación intensiva, como en el caso de minas, haciendas o plantaciones en las zonas de más antigua organización, o de empresas e industrias, como en las concentraciones urbanas de este siglo, nos permite identificar el modo en que, con todas las diferencias, América Latina comparte problemáticas y potencialidades con otras regiones en que se implantó el capitalismo. Han sido estos trabajadores asalariados del campo y de la ciudad el soporte fundamental de la lucha por la democracia en los dos siglos de historia "independiente", y quienes dan consistencia a los intentos de realización de un proyecto económico, social, político y cultural alternativo.

Es, por tanto, de la liberación de pueblos oprimidos por la explotación capitalista, y no de una conflagración internacional de países pobres contra países ricos que Agustín esperaba pudiera resultar la implantación del socialismo en nuestros países. Y no quería esto decir que no reconociera en el más agudo grado de explotación y en la contradicción más dramática del capitalismo latinoamericano —su dependencia del imperialismo norteamericano— el factor que pudiera hacer estallar la lucha social en dirección a objetivos libertarios: la soberanía nacional y el pleno ejercicio de la autodeterminación debían comprenderse como parte indispensable de una evolución necesaria y

posible de la lucha de clases. No se tejería esta lucha, sin embargo, en un vacío interno, sino precisamente, en la acumulación de enfrentamientos históricos entre clases de "carne y hueso". Ese era el punto.

El imperialismo, los intelectuales y las "democracias restringidas" de América Latina

Si esta reconstrucción histórica llevó a Agustín a formular hipótesis cuya expresión polémica le hicieron aparecer como el más serio crítico marxista de la teoría de la dependencia, no lo envaneció, ni le impidió afirmar, en años posteriores, que algunos de los acentos en los que se habían empeñado los partidarios de una u otra posiciones resultaban, a la luz de los acontecimientos internacionales, excesivos. En el año de 1985, Agustín presentó a un evento de *Balance y perspectiva de los Estudios Latinoamericanos* que se efectuó en la UNAM un conjunto de reflexiones sobre su propia experiencia y la de sus colegas, en la investigación de la problemática latinoamericana durante más de doce años en México.⁶ En ese trabajo reconoció públicamente que se encontraba "más cerca de los autores dependencistas, que de sus críticos". Y ello, porque, al correr del tiempo, se había puesto cada vez más en evidencia que había muchos académicos empeñados en negar un hecho que a él siempre le pareció fundamental: el de que nuestras sociedades han sido "sometidas a la explotación y dominación imperialistas, con todo lo que ello implica".⁷ A esas alturas de la década, Agustín no podía menos que señalar los efectos de la crisis mundial, la agresiva política norteamericana y, desde luego, el peso que el ejercicio de una soberanía limitada tenían y tienen sobre nuestro continente. La "constante tendencia a la depauperación de amplísimos sectores, ciertamente mayoritarios, de nuestra población", a su vez definitoria de la "estructura social, del sistema y los mecanismos del poder, y no se diga de esa 'democracia' que en América Latina pareciera estar convirtiéndose en una instancia cada vez más depuradamente incorpórea, espiritual",⁸ lo llevaron a reevaluar el concepto de *sobreexplotación del trabajo* que había acuñado a principios de los setenta su colega Ruy Mauro Marini.⁹

En el caso de Agustín, semejante reconocimiento no significó una derrota académica, sino que fue un producto preciso de la evolución de su pensamien-

⁶ El trabajo que lleva por título "Reflexiones sobre el desarrollo contemporáneo de los estudios latinoamericanos en México". Coordinación de Humanidades/Facultad de Filosofía y Letras, UNAM. *Balance y perspectiva de los Estudios Latinoamericanos*, México, UNAM, 1985.

⁷ *Ibid.*, p. 105.

⁸ *Ibid.*, p. 106.

⁹ Cf. *Dialéctica de la dependencia*, México, Ed. ERA, 1973.

to a lo largo de esa década. Y aquí quisiera volver un poco a lo que fue el principio de los “años perdidos”. Si la denuncia de las dictaduras conosu-reñas unió durante muchos años a la mayor parte de los intelectuales críticos latinoamericanos, no ocurrió lo mismo cuando volvieron a instalarse frá-giles democracias en Uruguay, Brasil y Argentina. La desesperanza de tantos años, la persecución y el exilio tuvieron efectos inesperados en un sinnúme-ro de académicos, que se identificaron sin reservas con el tránsito democrático, y calificaron de intransi-gentes, extremistas y sectarios a quienes ponían en duda elementos centrales de ese proceso. El asunto hubiera, tal vez, quedado como una más de las polémicas que necesariamente alimentan un pensamiento vivo, si no es que medió en el cambio de ruta de los primeros el peso de importantes financiamientos externos, tanto norteamericanos como europeos, que estimularon y premiaron deter-minadas orientaciones de las investigaciones y castigaron a otras.¹⁰

El resultado fue un partaguas del latinoamerica-nismo, que creo aún no terminamos de estudiar. Mientras autores destacados de Chile, Uruguay y Argentina se dedicaron a exaltar las virtudes de la construcción de una *nuevo orden posible*, y la im-portancia de la democracia política, que asumían tan menospreciada por la izquierda como por la derecha, quienes, como Agustín, vivieron de cerca la experiencia de la revolución nicaragüense y de las guerras centroamericanas, desarrollaron una sensibilidad extrema respecto a la importancia de transformaciones estructurales sin las cuales la de-mocracia política resulta precaria e insuficiente, y vincularon la oposición a que tales transformacio-nes ocurrieran a una política exterior norteamerica-na terriblemente autoritaria, rígida e intervencio-nista, como la evidenciada por los *Documentos de Santa Fe*.¹¹

Frente a muchos de sus colegas, que de algún modo siguieron su consejo de estudiar la especi-ficidad de las luchas por la democracia en sus países durante los primeros años ochenta, pero abandonaron el territorio de investigación propiamente latinoamericano, Agustín se convirtió en eje de una

polémica subcontinental. Sus muchos viajes por América Latina, los cada vez mayores auditorios de estudiantes y el reconocimiento académico que logró a lo largo de la última década, son una prueba irrefutable —aunque tal vez más efímera de lo que quisiéramos— de la consistencia con que se presentó al nuevo debate entre unas ciencias sociales con “mentalidad de patio trasero”, como las denomina John Saxe-Fernández,¹² y el conocimiento compro-metido, de contenido popular y antimperialista, de la corriente que pudiéramos llamar “histórica” del pensamiento latinoamericano.

Desde luego, Agustín fue uno de los primeros en plantear las limitaciones que tenían tránsitos demo-cráticos negociados desde las cúpulas internas e internacionales del poder, en los que las fuerzas armadas responsables de las dictaduras conserva-ron un papel político protagónico y fueron eximidas del castigo ejemplar que merecían por los crímenes cometidos. Mas también identificó de manera lúcida que, tras la fachada de una democracia “sin adjetivos”¹³ se ocultaba el deterioro inmenso sufrido en sus condiciones de vida por las masas traba-jadoras latinoamericanas, y la mano oscura de los dos gobiernos de Ronald Reagan en la distorsión y aplastamiento de toda iniciativa independiente de las organizaciones sociales y políticas de nuestros países.¹⁴

Los años “perdidos” para América Latina y “ganados” por el neoliberalismo

La polémica alcanzó nuevos derroteros en la medi-da en que gobiernos de distinto origen ideológico comenzaron a asimilarse en la región a la política dictada por los centros financieros internacionales luego de que se produjera, de manera más o menos simultánea, la que se conoció como “crisis de la deuda externa”. Al derrumbe de una socialdemo-cracia con escasa implantación nacional¹⁵ siguió en todos nuestros países el entronizamiento de una tecnocracia asociada a intereses financieros trasnacionales. Esta aplicó medidas eufemísticamente co-nocidas como de “ajuste” de salarios y precios, “adelgazamiento” del aparato estatal, “apertura comercial” y “librecambismo”, que no eran sino

¹⁰ Cf. “Sobre exilios y reinos (Notas críticas sobre la evolución de la sociología latinoamericana)”, en *Estudios Latinoamericanos*, No. 4, enero-junio de 1989. La denuncia de tal situación no es, desde luego nueva y puede citarse el temprano trabajo de Gregorio Selser, *Espionaje en América Latina: el Pentágono y las técnicas sociológicas*, Buenos Aires, Iguazú, 1966; y el de John Saxe-Fernández, “Ciencia social y contrarrevolución preventiva en Latinoamérica”, en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas*, año XVIII, no. 67, enero-marzo 1972. Más recientemente, el trabajo sobre el tema que mayor impacto causó en el medio académico fue el de James Petras, “La metamorfosis de los intelectuales latinoameri-canos”, *Estudios Latinoamericanos*, No. 5, julio-diciembre 1988.

¹¹ Cf. Gregorio Selser, *Los documentos de Santa Fe I y II*, México, Universidad Obrera, 1989.

¹² Cf. “Latinoamérica frente a los cambios internacionales”, en Agustín Cueva, Lucrecia Lozano y Raquel Sosa Elizaga, *América Latina a fines del siglo XX*, México, Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, en prensa.

¹³ Así la denominó, en un discutido artículo de la revista *Vuelta*, el historiador mexicano Enrique Krauze. Años después fue incluida en el libro titulado *Por una democracia sin adjetivos*, México, Ed. Océano, 1987.

¹⁴ Cf. Agustín Cueva, *Las democracias restringidas de América Lati-na. Elementos para una reflexión crítica*, Quito, Planeta, 1988.

¹⁵ Cf. Agustín Cueva, “¿Hacia dónde va nuestra socialdemocracia?”, en *Estudios Latinoamericanos*, no. 6-7, enero-diciembre de 1989.

disminución drástica de los salarios, aumento incontrolado de precios, venta y privatización de empresas estatales, entrega al capital financiero internacional de las reservas monetarias internas y de lo más importante del excedente social, y desnacionalización económica integral.

Cuando la CEPAL reconoció en 1989 que los años transcurridos desde 1980 habían constituido una "década perdida para el desarrollo",¹⁶ hacía tiempo que Agustín y otros economistas y sociólogos latinoamericanos habían coincidido en la denuncia de las consecuencias de la aplicación de recetas fondomonetaristas a las ya desgastadas sociedades latinoamericanas. Si sumamos la década de predominio dictatorial, son ya veinte años en los que nuestra región ha abandonado la efímera ruta que le marcó el desarrollismo, para sumirse en un abismo de miseria, violencia y represión. Agustín estuvo entre quienes reconocieron, entre 1985 y 1987, que la recuperación económica de las grandes potencias estaba asociada a la intensificación de la dependencia económica de los países pobres, a guerras de "baja" y "alta intensidad" contra toda postura de defensa nacional, y al asedio implacable a organizaciones populares que, desde diversos ángulos y aún con escasas posibilidades, intentaban contestar la avalancha conservadora. Producto de esas reflexiones es la antología que él dirigió bajo el título *Tiempos Conservadores*¹⁷, y poco después, el "Posfascio" que agregó a "*El desarrollo del capitalismo...*"¹⁸

Así, a pesar de las intenciones de quienes postularon los beneficios de las "democracias restringidas", América Latina reapareció en el escenario internacional como "la región más pobre del mundo", o, en palabras de Agustín, un continente en venta que nadie quería comprar. Pocos como él señalaron entonces con la indignación necesaria el contraste entre una región doblegada por el peso de la crisis y de políticas criminales impuestas en su contra, e intelectuales bien pagados, empeñados en demostrar que, pese a todo, vivimos en "el mejor de los mundos posibles".¹⁹ Lo cierto es, sin embargo, que Agustín reconoció en ese contraste, no el "fin de la historia" que anunció Fukuyama,

sino una derrota histórica de las fuerzas populares que debieron enfrentar a un coloso después de haber vivido años de guerra, de muerte, de fragmentación y de miseria. Si algo debía provocar, en efecto, desesperanza, era que la "razón de mercado" se impusiera implacablemente tanto por encima de las desgracias de millones de seres humanos, como de intelectuales desarmados, desilusionados y escépticos.²⁰

El derrumbe del socialismo en Europa del Este y la Unión Soviética, el continuo hostigamiento a Cuba, la invasión a Panamá y la guerra del Golfo Pérsico confirmaron trágicamente las tesis que Agustín planteó en torno a un ascenso internacional del conservadurismo militarista. En el futuro, podría esperarse que a la tragedia de millones de hogares latinoamericanos, inmensamente pobres y "perdidos", se sumara una nueva ofensiva del capital internacional contra la migración, el narcotráfico, y por la apropiación de materias primas. El abandono de la retórica desarrollista y de toda fachada que endulzara la crueldad verdadera de esta nueva etapa de acumulación de capital, obligaron a Agustín a intensificar sus denuncias y a agudizar su ironía en relación a viejos y nuevos defensores del "orden posible". La ocasión del V Centenario de la penetración europea en América le permitió destacar en la defensa de las causas indígenas, de los pueblos oprimidos, y renovar su vocación imperialista.²¹

En octubre de 1991, decidió ajustar sus propias cuentas con la vida en su país natal, y dolorosamente empacó sus libros y sus recuerdos de diecinueve años en México. Recibió allí homenajes merecidos y alcanzó a presidir la *Fundación Agustín Cueva* con que el Congreso ecuatoriano aseguró la publicación de toda su obra y la conservación de su memoria como digno personaje nacional y latinoamericano. Volvió a México poco antes de morir, a despedirse de todos nosotros, decidido a enfrentar, con el estoicismo de tantos años, su última y personal batalla.²² Esa nos lo quitó físicamente, pero nos lo devuelve ahora, con la mayor intensidad, en el compromiso y la responsabilidad de la ira y de la esperanza que deben presidir las investigaciones y los debates del latinoamericanismo de fines del siglo XX.

¹⁶ CEPAL, *Panorama económico de América Latina*, 1989.

¹⁷ Agustín Cueva, coord., *Tiempos conservadores: América Latina en la derechización de Occidente*, número monográfico de la revista *Azcapotzalco*, número 20, México, Universidad Nacional Metropolitana-Azcapotzalco, enero-abril de 1987.

¹⁸ Cf. La última de las 13 ediciones de este texto de 1989. El posfascio se titula "Los años ochenta: una crisis de alta intensidad".

¹⁹ No puedo dejar de señalar que Agustín compartió con sus compañeros del CELA: Gregorio Selsler, Sergio Bagú, John Saxe-Fernández, Jorge Turner, Mario Salazar Valiente y todos nosotros, los "jóvenes", esa perspectiva latinoamericanista que he llamado "histórica", y que se identifica por su compromiso con las causas populares.

²⁰ Cf. "América Latina ante el fin de la historia" en Cueva, Lozano y Sosa, *op. cit.*

²¹ Cf. "América Latina: el neoliberalismo sin rostro humano", en *Ecuador Debate*, No. 25, Quito, abril de 1992. (Publicado originalmente en el periódico *La Jornada*, de México, en septiembre de 1991.)

²² Murió en Quito, Ecuador, el 1 de mayo de 1992.